



Mecanismo de estabilidad

Los países con modelos bipartidistas de Gobierno se encuentran entre los más estables de los últimos cien años. No han conocido ni revoluciones, ni guerras civiles, ni totalitarismos ni dictaduras

José María Marco



En estos días, en Estados Unidos se están celebrando las primarias en las que se elegirá a los candidatos que se presentarán a las elecciones a la Cámara de Representantes (el equivalente a nuestra Cámara Baja), el próximo 4 de noviembre. Cualquiera que ten-

ga algo que proponer, algo que decir y ganas, muchas ganas, puede presentarse. En contra de lo que se piensa, el dinero suele llegar si se cumplen esas condiciones. Y si se obtiene el respaldo de uno de los dos grandes partidos.

El sistema parece diseñado para fomentar los extremismos y las posiciones más extravagantes. El efecto suele ser el contrario, sin embargo, porque las pri-

marías constituyen una larga carrera pensada para que los candidatos vayan sumando apoyos. Eso quiere decir que quien salga elegido habrá tenido que formar coaliciones lo más amplias posibles. En este proceso, el radicalismo se habrá diluido porque el candidato o la candidata habrán tenido que negociar su propuesta primera en múltiples frentes. Así habrá empezado el viaje al centro.

Lo completa el casi imprescindible apoyo de uno de los dos grandes partidos, el Republicano o el Demócrata. En la larga historia de la democracia norteamericana, nunca los terceros partidos han tenido éxito. Se atribuye el hecho a múltiples razones, entre ellas el sistema de votación mayoritario, el descarte al que proceden los electores ante el voto inútil—de protesta o testimonial, la existencia de un colegio elec-

toral (algo muy poco democrático) y una tradición que reparte el espectro político en dos grandes opciones cuya mayor virtud es, por encima incluso de lo que hagan, la alternancia en sí misma. Nadie espera la salvación, ni el paraíso, de la política. El hecho es que el candidato a representar a sus compatriotas tendrá también que tener en cuenta una organización partidista que, aunque menos burocratizada y rígida

Italia

Una república que intenta zafarse del multipartidismo

Darío Menor

ROMA- La mayor parte de los italianos son creativos por naturaleza. Sus invenciones están presentes en casi todos los aspectos de la vida, también en la forma de organizar las sociedades. En el terreno político, Italia también está en la vanguardia, tanto para bien como para mal. De las mentes de sus ciudadanos salieron ideas y formas de gobernar a los pueblos que luego se exportaron a buena parte del mundo. Cuando algunas de ellas comenzaban a ser copiadas en el extranjero, la mayoría de los italianos habían ya descubierto que no resultaban la mejor opción y trataban de sacudírselas de encima.

Si durante la primera mitad del siglo XX el mejor ejemplo de esta realidad fue el fascismo, desde entonces la vanguardia política italiana está constituida por el multipartidismo. Probablemente en ninguna democracia occidental la suerte del país ha estado tantas veces en manos de formaciones políticas minúsculas, escisiones de otras agrupaciones enanas que tumbaban o encumbraban a su voluntad a los Ejecutivos. Que se lo cuenten a Romano Prodi, quien tuvo que dejar el poder por el cambio de chaqueta de algunos de estos minipartidos. Su último Ejecutivo feneció en enero de 2008 después de que una de las 16 formaciones con que contaba la coalición de Gobierno decidiera cambiar de bando y pasarse a las filas de Silvio Berlusconi.

Italia lleva tiempo tratando de liberarse de esta inestabilidad intrínseca a su arquitectura institucional. El país sueña con un bipartidismo al estilo de

España, Estados Unidos, Alemania o Reino Unido. Por ello la gran aspiración política de los últimos ocho años ha sido la construcción de dos grandes formaciones, una de derechas y otra de izquierdas, que garanticen Ejecutivos estables y una cierta alternancia en el poder. Ahora que en naciones como la nuestra el multipartidismo comienza a vislumbrarse tras los resultados de las elecciones europeas, Italia parece más cerca que nunca de librarse de este sistema.

Lo hace gracias al éxito del Partido Democrático (PD), la formación izquierdista nacida en 2007 con la fusión de Demócratas de Izquierda y La Margarita. Liderado por el primer ministro, Matteo Renzi, el PD logró en los comicios del pasado fin de semana más del 40% de los votos, un resultado que no se veía en Italia desde los mejores tiempos de la Democracia Cristiana en los años 80. Las buenas cifras del PD y

su capacidad para convertirse en el partido de referencia para una buena parte del electorado contrasta con la debacle de la formación que pensaba hacer el mismo recorrido, pero desde las antípodas ideológicas.

Se trata del Pueblo de la Libertad (PDL), la agrupación impulsada por Berlusconi tras fusionar Forza Italia con Alianza Nacional. Carcomida por las peleas intestinas y el liderazgo absoluto del ex «cavaliere», el PDL se ha ido despedazando, por lo que el magnate ha recuperado su vieja marca electoral, Forza Italia. Con ella ha logrado unos resultados discretos en las europeas: se ha quedado en el 16%. Se espera que el viraje de Italia desde el multipartidismo hacia el bipartidismo sea más claro en los próximos comicios legislativos, pues podrían celebrarse con un nuevo sistema electoral inspirado en los que existen en España y Alemania.

Reino Unido

Modelo bipartidista de monarquía parlamentaria

El sistema político británico es considerado como el modelo clásico del bipartidismo de las monarquías parlamentarias. Durante todo el siglo XIX, conservadores («tories») y liberales («whigs») se alternaron en el Gobierno, garantizando la estabilidad política de Gran Bretaña. Sin embargo la irrupción del Partido Laborista tras la Primera

Guerra Mundial dejó relegado al Partido Liberal al papel de tercera fuerza política. En términos generales, los Gobiernos fuertes se han sucedido durante este tiempo en el poder. Tras las elecciones de 2010, no obstante, los «tories» se vieron obligados a pactar con los liberales demócratas la primera coalición desde los años treinta.

Estados Unidos

Paradigma del bipartidismo de la república presidencialista

Es el paradigma del bipartidismo en las repúblicas presidencialistas. Desde la independencia de Reino Unido en 1776, únicamente dos partidos se han sucedido en la Casa Blanca. Sólo el Partido Republicano y el Partido Demócrata son capaces de alcanzar más del 5 por ciento de votos necesario para obtener financiación económica para sus campa-

ñas. Esto explica que la irrupción de terceras fuerzas o candidatos independientes sea un hecho totalmente excepcional. Así ocurrió en las presidenciales del año 2000 con el ecologista Ralph Nader, que perjudicó al demócrata Al Gore, o en 1992 con el empresario texano Ross Perot, que frustró la reelección de George Bush padre.



que las europeas, acabará llevándole a negociar su aportación dentro del conjunto de las propuestas que cada partido realiza a nivel estatal y nacional.

Al final, el sistema premia a los candidatos que hayan sido capaces de articular las coaliciones más amplias, es decir las más moderadas. Descartados los terceros partidos, quedan también descartadas las opciones extremas. Por ejemplo, desde finales de los años 1970, el Partido Demócrata se embarcó en un viaje de tono radical que le llevó a perder una elección tras otra. Sólo sacaba la cabeza con figuras moderadas y dialogantes, como Bill Clinton. Otro tanto ha ocurrido con los republicanos, que en las actuales primarias están teniendo que

decidir si continúan fiando su suerte a lo que queda del Tea Party, obnubilado en sus ensoñaciones radicales y, por tanto, excluyentes por naturaleza.

El bipartidismo perfecto propio del sistema norteamericano traduce por tanto una apuesta por la estabilidad política basada en la negociación permanente y el obligado trayecto hacia el centro. Ninguno de los dos grandes partidos representa a todos los norteamericanos, pero los dos deben ser capaces, si quieren gobernar, de negociar coaliciones sociales y políticas de nivel nacional. Este modelo bipartidista se encuentra, con las lógicas adecuaciones nacionales, en otros países como Australia (Partidos Liberal y Laborista: hoy

gobierna Tony Abbott, de los liberales, es decir los conservadores) y, en parte, Canadá. Procede de la tradición británica, que desde muy temprano distribuyó el espacio político en «tories» (conservadores) y «whigs» (libe-

Los inventores de la democracia se decantaron siempre por el bipartidismo

rales), estos últimos reconvertidos al laborismo cuando la crisis del liberalismo a principios del siglo XX.

Es fácil comprobar que estos países están entre los más estables de los últimos cien años. No

han conocido ni revoluciones, ni guerras civiles, ni totalitarismos ni dictaduras. Además de la pérdida de vidas, los sufrimientos y las destrucciones (todo, perfectamente inútil) que esa estabilidad ha permitido evitar, también están entre los países más prósperos. Una situación estable permite la creación de riqueza y la ausencia de rupturas la consolida con el tiempo gracias a la confianza, a la continuidad, al ahorro. También han sido sociedades conservadoras en asuntos morales y culturales, aunque con diferencias de ritmo. La más conservadora es Estados Unidos, que es en cambio la más dinámica en otros aspectos. También han sido pioneras, con matices importantes, en la integración de

minorías y en el respeto a las libertades individuales y a los derechos.

Resulta interesante comprobar, por tanto, que los inventores de la democracia se decantaron desde el primer momento por el bipartidismo. No han salido de ahí. Existe un ejemplo opuesto, en el que la democracia directa, la estabilidad política y la prosperidad van de la mano, no del bipartidismo, sino de un multipartidismo extremadamente abierto. Es el caso de Suiza. Claro que si el caso de las democracias bipartidistas de tradición anglosajona es difícil de imitar, el modelo suizo resulta aún más singular. Nuestros federalistas, en este punto, harían bien en no dejarse llevar por las ensoñaciones.

Alemania

Bajo la Ley Fundamental y las coaliciones

Tras el mal recuerdo que generó la República de Weimar en la Alemania de entreguerras, con su permanente inestabilidad política, la Ley Fundamental aprobada en 1949 impone un sistema electoral que trata de frenar la dispersión política de los votos del electorado germano con la introducción del umbral de un mínimo de 5 por ciento de los votos para tener derecho a representación en el Bundestag. Desde entonces ha funcionado un bipartidismo entre los conservadores de la CDU/CSU y los socialdemócratas del SPD. Eso sí, coaligados con partidos pequeños (liberales, con una gran tradición en el país, y verdes, que se han hecho un hueco importante en las dos últimas décadas) convertidos en el fiel de la balanza para mantener la estabilidad gubernamental durante generaciones.

Asimismo, cuando la aritmética electoral no ha dejado otra salida, el SPD y la CDU/CSU han pactado una Gran Coalición, como sucedió tras las últimas elecciones generales. Así ha ocurrido ya en tres ocasiones y, conociendo el pragmatismo imperante en la escena política y en la sociedad alemana, podría repetirse cuantas veces fuera necesario para el país.

Paralelismos electorales



Luciano Monti *

El éxito del Partido Independiente de Reino Unido de Nigel Farage (UKIP) en las elecciones europeas parece demostrar una vez más la falta de correspondencia entre un sistema electoral mayoritario y los resultados del sistema bipartidista, aparte de ser la expresión directa de un sentimiento antieuropeo que crece día a día en la sociedad británica. Una situación en la que se puede trazar cierto paralelismo con la propuesta de reforma electoral en Italia. De hecho, el actual proyecto no garantiza de ninguna manera la

El objetivo es favorecer la participación activa de la ciudadanía en la acción política

últimos deben ser moldeados en función de una capacidad crítica que les permita reconocer fácilmente un programa político válido de otro inválido. Para dar un ejemplo de esto último, uno puede mirar el programa político del nada constructivo Movimiento Cinco Estrellas de Beppe Grillo en Italia, que sin embargo consiguió el 20% de los votos en las últimas elecciones.

Los instrumentos disponibles para mejorar esta situación e incentivar la participación cívica y política varían de país a país. Sin embargo, entre estas herramientas no podemos pasar por alto el papel central de la educación cívica, la calidad de los medios de comunicación, un sistema de elección transparente y la consolidación de modelos de economía solidaria intergeneracional que apoyen una política sostenible en el medio y largo plazo.

var a cabo reformas indispensables e impostergables.

Un gobierno sostenido por una sola formación tiene la ventaja de ofrecer al electorado un método simplificado para evaluar sus acciones, y, por tanto, favorece la alternancia de partidos. Mientras que, con un gobierno sostenido por grandes coaliciones será más probable que se aprueben reformas. Por lo tanto, el primer modelo favorece la alternancia de partidos y la segunda, las reformas.

La cuestión es cómo poder facilitar a los votantes la evaluación de la acción política con prontitud, tanto antes como después de las elecciones. Es decir, favorecer la participación de una ciudadanía activa. Estos

últimos deben ser moldeados en función de una capacidad crítica que les permita reconocer fácilmente un programa político válido de otro inválido. Para dar un ejemplo de esto último, uno puede mirar el programa político del nada constructivo Movimiento Cinco Estrellas de Beppe Grillo en Italia, que sin embargo consiguió el 20% de los votos en las últimas elecciones.

Los instrumentos disponibles para mejorar esta situación e incentivar la participación cívica y política varían de país a país. Sin embargo, entre estas herramientas no podemos pasar por alto el papel central de la educación cívica, la calidad de los medios de comunicación, un sistema de elección transparente y la consolidación de modelos de economía solidaria intergeneracional que apoyen una política sostenible en el medio y largo plazo.

* Profesor de Política Económica Europea en Universidad Luiss de Roma

